

Franz Kafka: su vigencia en Uruguay

Juan Carlos Albarado

DGES - Consejo de Formación en Educación
jcalbara@gmail.com

Gracias a la exacta pesquisa de Juan Fló sabemos que la primera lengua extranjera que recibió la obra *Die Verwandlung* [*La metamorfosis*] de Kafka fue el español.¹ Sin embargo, ese prematuro arribo, primero en España, luego en Buenos Aires, no produjo prematuros discípulos. Es probable que el impacto mayor de su obra haya ocurrido, para el caso del Río de la Plata, o puntualmente del Uruguay, recién a partir de la década del cuarenta con la aparición de la *Antología de la literatura fantástica* (1940) de Borges, Bioy Casares y S. Ocampo. Y ello pese a que, ya dos años antes, Losada había publicado en Buenos Aires, en un único volumen, *La metamorfosis* junto con otros textos.

A modo de ejemplo diacrónico, y tomando solo algunos nombres de nuestras letras: en 1944 y en 1946 Emir Rodríguez Monegal publicó en el semanario *Marcha* sendos artículos sobre Kafka titulados «Inventario de Franz Kafka»,² el segundo de ellos en ocasión de la aparición en las librerías montevideanas de dos traducciones: *América* y *La metamorfosis*, esta última en su segunda edición.³ Mario Benedetti reconoce que su «afición personal es anterior a 1948».⁴ Ciertamente, el 28 de mayo y el 25 de junio de ese año, en los números 430 y 434 tradujo para el semanario *Marcha* doce parábolas. En noviembre de ese mismo año en su flamante y breve revista *Marginalia* retoma las traducciones sumando tres más. Esta serie culmina otra vez en *Marcha*, en 1949 con la aparición de otros cuatro textos breves.⁵

Más adelante, en 1975, Héctor Galmés arriesgó su propia traducción de *La metamorfosis* para la editorial Banda Oriental que sigue —por lo menos lo hizo hasta el 2018— reeditándola. Por su parte, Lauro Marauda publicó en 1998 un estudio sobre esa obra que se abre con un acápite del propio Marauda que sintetiza una forma de ver o leer a Kafka: «Un hombre mira al mundo por la ventana. Sin que nadie lo prevea, y tal vez por ello mismo, se suceden pesadillas, visiones infernales y una tormenta devastadora. Los cristales saltan en mil pedazos. Ahora es el mundo que mira al hombre».⁶ A su vez, en el año 2015, Rosario Lázaro Igoa integró una obra colectiva en homenaje a Kafka con el cuento «Verano en el campo».⁷

Lo reseñado parece suficiente para considerar indudable la vigencia de Kafka en nuestro país. La potencia que encierra su obra probablemente no haya cesado de incidir hasta nuestros días en la producción narrativa de Uruguay. Por todo ello, y como forma de evidenciar las lecturas de Kafka entre nuestros creadores, la siguiente nota pretende rescatar algunos testimonios respecto al cruce local con la obra de Franz Kafka.

¹ Fló, J. (2013). Jorge Luis Borges traductor de *Die Verwandlung* (Fechas, textos, conjeturas). *Ipotesi*, 17(2), 13-32.

² Rodríguez Monegal, E. «Inventario de Franz Kafka», en *Marcha* N° 223 del 03/03/1944, pp. 14, 15; así como nuevamente «Inventario de Franz Kafka», en *Marcha* n.º 324 del 29/03/1946, p. 14.

³ Ver para la primera recepción de Franz Kafka en Uruguay Hornos Weisz, L. (2014). *Franz Kafka en Uruguay (1944-1975): traducción y recepción crítica*. [Tesis de Maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación] Repositorio Institucional - Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/9256> pp. 69-73. Véase también: Rocca, P. (2015 [1992]) *35 años en Marcha. Mapa de la escritura en el semanario Marcha, 1939-1974*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, pp. 97-121 y 129-145.

⁴ Benedetti, M. (1996). *El ejercicio del criterio*. Buenos Aires: Seix Barral, pp. 485-488.

⁵ Según el relevamiento de Hornos (2014), las seis primeras son: «Robinson Crusoe», «Las sirenas», «La torre de Babel», «La venida del Mesías», «La invención del diablo» y «La partida». Las siguientes, firmadas por Carlos [sic] Benedetti: «El puente», «La próxima aldea», «Regreso al hogar», «Mirada distraída», «Los árboles» y «De noche». En el primer número de *Marginalia* aparecen: «El silencio de las sirenas», «Alejandro el grande» y «El paraíso». Las últimas, en *Marcha*: «Abraham», «Correos», «Renuncias» y «Meditaciones» (p. 70). Julia Ortiz solo menciona las traducciones del número 430 de *Marcha* y las del primero de *Marginalia*, en su artículo «Prácticas traductoras en el Río de la Plata: El caso T. S. Elliot», en Rocca, P. (ed.). (2012). *Revistas culturales del Río de la Plata. Diálogos y tensiones (1945-1960)*. Montevideo: Universidad de la República-CSIC, pp. 85-108, según referencia en Hornos (2014, p. 44).

⁶ Marauda, L. (1998) *Kafka, un estudio sobre La metamorfosis*. Montevideo: Técnica, p. 6.

⁷ Luis, S. (Selec. y pról.) (2015). *Kafkaville: un tributo narrativo a Franz Kafka*. La Paz: El cuervo.

Con esa finalidad, cada entrevistado/a contó con un margen aproximado de 500 palabras para responder dos preguntas concretas:⁸

¿Recuerda cuándo leyó a Kafka por primera vez y través de qué traducción?

¿Cuán importante fue para Ud. el conocimiento de su obra?

Roberto Appratto, autor de varios libros de poesía y narrativa, crítico, nacido en Montevideo en 1950. Es profesor de Literatura, egresado del Instituto de Profesores Artigas. Actualmente coordina su taller literario.

La primera vez que leí a Kafka no lo leí, sino que me lo leyeron en voz alta: un cuento, «Preocupaciones de un jefe de familia», me fascinó y me hizo decidir estudiar Literatura, a los diecisiete años. No recuerdo ninguna traducción en especial, salvo la de Borges de *La metamorfosis*. No lo leí en alemán.

La segunda pregunta en parte la contesté: tocó una fibra en mí de manera muy fuerte; nunca había leído nada así, y sigo pensando lo mismo. Fui comprando lo que pude, cuentos, novelas, diarios, reflexiones, y todo me gustó muchísimo, me abrió un camino para entender la literatura, por la sencillez, por el brillo de sus alusiones, por la concreción casi física de sus imágenes. Fue especialmente la imposibilidad de interpretar a la manera clásica sus textos, ese vacío que se abre al mismo tiempo que uno cobra conciencia de lo que está dicho en sus textos, lo que me entusiasmó siempre: hay algo en ellos que estimula el pensamiento en ningún otro plano que no sea el del lenguaje, como una línea de fuerza que atraviesa los contenidos y los deja en segundo plano. Digamos, es lo que lleva, una vez leído, a escribir; quizás es por eso que «Preocupaciones de un jefe de familia» decidió, por mí, que el único camino posible era la literatura.

Elvio Eduardo Gandolfo nació en Argentina, en 1947, aunque vivió gran parte de su vida en Uruguay. Es narrador, poeta y periodista.

A Kafka lo descubrí en la película *El Proceso* de Orson Welles que me pareció extraordinaria. Como en aquel tiempo leíamos todo por primera vez con mi padre, le pregunté y me dijo que no lo había leído, que era uno de esos tipos raros de la facultad, de la academia. Pero enseguida compré el libro y como pasa casi siempre con lo primero que uno experimenta, que fue la película, me siguió gustando más esta que el libro.

Al fin lo descubrí y lo considero la quintaesencia de lo literario, incluso en los diarios de él, que releí hace poco.

No leo alemán y creo que leí la traducción de Vogelmann.

Ahora tengo su obra completa. A mi juicio está a la altura de Jorge Luis Borges.

Para mí leerlo fue esencial. Por otra parte, incluso la orden que dejó de quemar toda su obra tiene que ver con lo literario y por suerte el buen amigo al que se lo encargó la dejó intacta. También al igual que Borges, es infinitamente copiable. Destaco en especial la novela *América*, sanamente influida por Dickens. Es la clase de autor que a reventar hay diez en el mundo, que vos lo lees y decís *qué monstruo o qué hijo de puta*.

Te invade, lees la *Metamorfosis* y te invade. ¡Qué cuentazo!

Andrea Blanqué es profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores Artigas. Poeta y narradora. En 1990 se estrenó una versión suya de *La metamorfosis*. Nació en Montevideo, en 1959.

La primera vez que lo leí fue a los dieciséis años cuando estaba haciendo el bachillerato. Estudié *La metamorfosis* y me sentí por completo replicada con Gregorio Samsa, me veía absolutamente un insecto repugnante y creía que todo el mundo también me veía así. Y bueno, yo no tenía una familia muy agradable, como Gregorio. Pero, luego, también leí *Carta al padre*, y sí, también, me sentí brutalmente identificada, pero no sería «carta al padre» sería carta a otra persona. Y después, curiosamente, antes de ir a Polonia para conocer Auschwitz, y a Hungría, donde también seguí las huellas del Holocausto, leí los diarios de Kafka. Podría suscribir cada una

⁸ Agradezco a Pablo Rocca la ayuda con algunos contactos y la mención al trabajo de Fló. También debo agradecer la colaboración de Gerardo Ferreira y Rodolfo Santullo. Agradezco especialmente a quienes me brindaron su testimonio.

sus frases, de sus párrafos. Todo absolutamente comulgaba con mi alma, ni una palabra fuera de su discurso dejaba de interpelarme.

En 2006 fui a Praga, sola, y prácticamente estuve en Praga buscando a Kafka. Supongo que mucha gente lo ha hecho, pero yo me dediqué a recorrer las librerías, los bares, los cafés que decían que él había visitado. Fui al castillo. El castillo es tenebroso, está en una colina y en esa zona de la ciudad no hay turistas, porque la zona de la plaza central está llena de turistas, es insoportable, pero la parte del castillo es un lugar completamente aislado, es terrible. Después fui al museo de Kafka, donde vi por primera vez hologramas en un museo, las cuatro mujeres amadas de Kafka. Uno podía pasar a través de ellas. También había una salita donde se proyectaban dibujitos de Kafka en un cuarto oscuro.

Hay algo que es notable y es que su obra es profética. Tiene una visión del Holocausto, pero no se trata de algo sobrenatural: está creciendo el antisemitismo, se está gestando la masacre, y él lo presentía con su extrema sensibilidad de orquídea tuberculosa.

Leo Masliah es músico, poeta, narrador y director teatral. Nació en Montevideo, en 1954.

No hablo alemán. Las obras de Kafka las leí traducidas al español o al francés, que son los idiomas que manejo. Creo que lo primero que leí de él fue *El proceso*, traducida al español, cuando tenía 15 o 16 años aproximadamente. Me impactó mucho y se convirtió en algo así como uno de los mundos mentales en que estuve viviendo desde entonces. No sé qué traducción era porque era un libro prestado y no me fijé. Años después la releí, también en español, traducida por R. Kruger.

El conocimiento de su obra fue decisivo. Es uno de los cuatro o cinco hitos literarios que *formatearon* mi percepción del mundo y mi sensibilidad.

Mercedes Estramil, narradora, poeta y crítica. Nació en Montevideo, en 1965.

Leí a Kafka por primera vez a mediados de los ochenta, en una edición española de esas que ponían el pro-nombre al final del verbo, donde estaba *La metamorfosis* y creo que también *La condena*. Debo tenerla en algún lado, pero no sé dónde, lo que me parece justo para honrar a su autor, que nunca olvidé. En ese tiempo solo atendía a la anécdota de lo que leía y me pareció interesante y angustiosamente divertido. Después, en una edición que sí tengo a la vista, leí *Carta al padre*, en una traducción de Joan Parra, con prólogo y notas de Jordi Llovet. Fue este texto descarnado, impúdico y doloroso, el que me hizo volver a *La metamorfosis*, leer la ficción con los ojos de la no ficción, que si uno lo desea son los mismos. Kafka duele. Es un espejo que muestra la deformidad humana en términos tangibles de tan abstractos. No puedo decir que me guste leerlo ni que lo disfrute, pero tiene la atracción de ese abismo que a lo mejor te está esperando en el patio de tu propia casa.

Rosario Lázaro Igoa es traductora, cronista de prensa y narradora. Licenciada en Comunicación y Doctora en Estudios de traducción. Nació en Salto, en 1981.

Es probable que haya sido antes de entrar al liceo, a los diez, once años. Lo primero que leí fue *La metamorfosis* en esas ediciones baratas con traducciones ni siquiera acreditadas (y presumiblemente pirateadas) de los 90, que llegaban con el diario, no recuerdo si en las colecciones de *El País*, que me juntaba mi abuelo, o de *La República*, que comprábamos en casa. El primer docente al que oí hablar de traducciones, sin denostarlas, fue al Bocha Benavides en Humanidades. (Antes de eso, a lo largo del liceo, la impresión que se tenía era de que la literatura universal había sido escrita en castellano).

El descubrimiento inicial de la obra de Kafka tuvo impacto en lo temático, en la construcción de esos mundos imposibles, esas atmósferas tan desoladoras, el existencialismo al hueso. Pero la impresión no fue tan fuerte en lo estilístico, capaz que por una cuestión de inmadurez... Vino antes que la lectura de Borges, y de alguna manera preparó el terreno para que pudiera apreciar no solo lo temático, sino lo estético del segundo, que me interesó mucho más. De todos modos, como no leo alemán (a pesar de que lo estudié por varios años), me parece que no termino de apreciar a Kafka como podría, que hay elementos sutiles, como la propia lengua en la que escribe y su relación con la extranjería, que han sido apuntados por la crítica, a los que no

tengo acceso. Hemos tenido estas conversaciones con Leticia Hornos, quien le dedicó su tesis de maestría al asunto de las traducciones rioplatenses de Kafka. En lo personal, leerlo en traducción no creo que sea una desventaja (y siempre existe la posibilidad desafiante de leerlo en varias traducciones), pero de todos modos no provoca ese deseo de entrever la cocina de la escritura que sí me despiertan otros escritores en idiomas con los que trabajo.

Pablo Casacuberta nació en Montevideo, en 1969. Se ha dedicado a la música, el cine y las artes visuales, además de la narrativa.

Leí por primera vez a Kafka en la temprana adolescencia, a través inicialmente de *La metamorfosis*. Me impactó la libertad de establecer desde la primera línea las reglas que un lector deberá aceptar acerca de un relato, en este caso la transformación de un personaje en insecto, previa al inicio de la narración, sin que el autor debiera en ningún momento ofrecer una explicación lógica o al menos verosímil. Esa prerrogativa, la de proponer un mundo que el lector debe, si lo acepta, vivenciar sin necesariamente entender, me pareció en el momento un acto de rebeldía inaudito. Que contrastó por completo con mi segunda experiencia de la escritura de Kafka. Participé, a los 14 años, de un grupo que montó una obra en forma de monólogo, en la que ocho jóvenes interpretaban un mismo personaje inspirado en la «Carta al padre», testimonio que da cuenta de un nivel de sometimiento indecible ante una figura opresiva y omnipresente en la vida del autor. Luego comprendí que uno y otro ejemplo de su escritura eran caras de un mismo proceso: el de identificar el absurdo frecuente de las reglas cotidianas y celebrar, en el plano interior, la capacidad de elaborar un mundo propio, que se rige por otras reglas, que el espacio de la imaginación puede tornar infinitas, aun cuando se describan, como en casi toda la obra de Kafka, laberintos de normas arbitrarias. El mero hecho de disecarlas, exhibirlas en toda su reiterada rutina, nos eleva por encima de su prisión cotidiana y nos permite apreciar su condición también imaginaria. Nuestra cabeza es nuestra. Es permeable, a menudo depositaria de prejuicios, tradiciones milenarias, prisiones simbólicas, pero también es el espacio donde puede desplegarse una libertad que identifique y derribe restricciones. Un mundo propio.

Martín Bentancor, narrador y editor. Nació en Canelones, en 1979.

Al margen de una aproximación superficial, resumida y por demás desinformada de *La metamorfosis* en alguna clase de Literatura del liceo, la primera lectura de Kafka que realicé con rigurosidad y atención fue la de *El castillo*, en traducción de David J. Vogelmann (1907-1976). Me acompaña desde hace años ese ejemplar de la serie Grandes Novelistas de Emecé, publicado en Buenos Aires en 1949, que en su página 10 incluye una extensa nota del traductor en la que expresa que mantuvo las comillas para el diálogo (en vez de los infames guiones), «además de todas las características particulares de la edición original» (toda una declaración de principios para alguien que tradujo varios textos de Kafka).

Es difícil hablar de la eventual influencia o el grado de importancia que la lectura de la obra de Kafka ha tenido para mí, pues toda aproximación a su literatura ha estado siempre mediada, intervenida e incluso saturada por la exégesis kafkiana. Hablamos del autor del que, seguramente junto con Joyce, más se ha escrito en el último siglo. Toda esa glosa permanente, improductiva e inútil la mayor parte del tiempo, también forma parte de la obra de Kafka y gravita siempre sobre cualquier valoración.